

subyacen intenciones crematísticas, porque el ritmo de la lectura quizá fuera un método capaz de generar un mayor rendimiento laboral, es decir, una mejor concentración del obrero en su trabajo, segregar la pérdida de tiempo. La historia nos ha enseñado que toda iniciativa similar suele saldarse con la manipulación de conciencias y voluntades, sean del signo ideológico que fueren.

El lector de tabaquería, en principio uno de aquellos artesanos, devino oficio remunerado por los mismos trabajadores o con el auspicio patronal o gubernamental. Se institucionaliza, claro está, una función de la que no querían verse privados, porque de alguna manera los enriquecía unos empleados necesitados de evadir frustraciones espirituales y materiales propias de la dura realidad que los envolvía, que al mismo tiempo podía ponerlos en contacto con otro entorno, aunque virtual, dispensador de esperanzas cuanta solución vital alternativa. De todos estos trasuntos da oportuna y eficaz reflexión este precioso libro; de sus personajes, foros, circunstancias, textos y humaredas casuales. Nadie mejor que Araceli para hacerlo; ella misma, cual narra, en la Cuba de hoy pudo acariciar la esencia de tan emblemática experiencia lectora, que le hizo disfrutar de los gestos y actitudes (frunces de ceño, bailes de cejas y párpados) de una gente agradecida que asintiendo o negando con el cuerpo, y sin retirar sus ojos de las hojas de tabaco en momento alguno, atentamente y con devoción escuchaba cada palabra emitida. Fue entonces cuando, entre lágrimas, tomó conciencia de que se había convertido en el objeto de su estudio.

Hora es ya de dar la voz a los muchos, y casi seguro, discretos y juiciosos lectores de este libro; para que sean ellos quienes mejoren una opinión, la mía, que podría tildarse de estar inficionada por la amistad. Mas les aseguro que es hija de académica admiración, de la voz obligada con la excelencia de un trabajo excepcional. Termino sugiriendo a la autora, ya crecida en letras, que tras esta encomiable y denodada empresa no ceje en el empeño y, oyendo a Borges, siga deleitándose *con la abrumadora fantasía de una biblioteca universal que registrara todas las variaciones de los veintitantos símbolos ortográficos, o sea cuanto es dable expresar en todas las lenguas.*

Carlos Alberto GONZÁLEZ SÁNCHEZ\*

Jezreel SALAZAR, *La ciudad como texto. La crónica urbana de Carlos Monsiváis*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2006.

### *El texto como pretexto, o Monsiváis revisitado*

Compuesto por una “Advertencia” con un simpático aire de diván, una “Presentación” en la que el autor documenta su relación con la ciudad de México como tema, y con la literatura como soporte del mismo, más 20 pequeños ensayos en los que analiza varios textos de Carlos Monsiváis en los que éste aborda varios hechos sociales relevantes que han tenido como escenario a la gran urbe a lo largo de varios años y libros, *La ciudad como texto. La crónica*

---

\* Profesor de la Universidad de Sevilla.

*urbana de Carlos Monsiváis*, es un volumen de Jezreel Salazar, egresado de la licenciatura en estudios latinoamericanos de la UNAM (cualquier cosa que eso signifique, como diría el cronista), libro que tiene además los méritos, primero, de ser una detallada explicación de las ocupaciones y preocupaciones monsvaístas, lo que no es poca cosa si se toma en cuenta que en cuestiones de lenguaje el más ilustre vecino de la colonia Portales a veces suele manejar algo parecido al “español neobarroco”, como varias veces ya lo demostró el maestro Luis González de Alba, y además sin posibilidad de réplica.

Otro de los logros de este volumen es haber sido reconocido con el Premio Nacional de Ensayo Alfonso Reyes 2004, otorgado por el CNCA, el Consejo para la Cultura de Nuevo León, la UANL e incluso el municipio de Monterrey. O sea que ganó con un tratado sobre los chilangos, pasando por encima del conocido chovinismo regiomontano, al menos por lo que se refiere a la mayoría de las instituciones convocantes.

Una ventaja más de leer esta criatura de Salazar es que vistos así, en conjunto, los textos de Monsiváis, provenientes lo mismo de *Días de guardar*, cuya primera edición es de 1970, como de *Entrada libre. Crónicas de la sociedad que se organiza*, que data de 1987, pero principalmente de *Los rituales del caos*, que apareció por primera vez en 1995, al lector le queda claro que más que crónicas, todos esos textos son ensayos en el más literal sentido del término, porque en ellos hay propuestas de conclusiones, o definiciones provisionales, y hasta sentencias temporales respecto de las acciones, intenciones y actitudes de los ciudadanos, los habitantes de este desorden urbano, de esta catástrofe convertida al mismo tiempo en tragedia, fiesta y ritual cotidianos.

Vistos al detalle, a través de la mediación de Salazar, los escritos urbanos monsvaístas dejan ver más claramente que a lo largo de los años este supuesto “cronista”, desde que elaboró su muy temprana *Autobiografía*, la cual fue publicada cuando él tenía 28 años, lo que se propuso fue dar a conocer sus impresiones de los más diversos actos sociales, bajo el planteamiento implícito de “aquí cada quien tiene su punto de vista, y para que vean lo que es fomentar la democracia, les voy a dar a conocer el mío, junto con el del vecino, el del conocido y varios más recogidos o inventados al paso”.

La gracia de este método, como la intermediación de Salazar lo deja ver más claramente, con más detalles, es que Monsiváis utiliza su memoria prodigiosa, su sarcasmo y su erudición, lo mismo para sorprender que para deslumbrar y hasta informar a los lectores de sus textos, quienes al mismo tiempo que se reconocen en las escenas y situaciones que él retoma, le festejan que las vea con más atención o cuidado, o que recupere las paradojas que las hacen memorables.

La noción de que los textos de Monsiváis son ensayos se deja ver mejor a través del trabajo de Jezreel Salazar, por medio de las comparaciones que este investigador universitario hace entre varios textos que se refieren a un mismo tema. De este modo, por una parte se ve cómo el análisis monsvaísta se ha ido refinando con el tiempo, pero también así se explica la aparente ubicuidad de este testigo privilegiado: recurriendo al propio archivo, y con unos cuantos retoques, observaciones e intuiciones, se puede elaborar la siguiente colaboración.

Pero si algo se le puede reclamar al analista del analizador, en este caso, es que por un lado no dé la referencia precisa de sus fuentes: Salazar cita autores, pero no menciona los textos de donde sacó los comentarios, y cuando pone citas de pie de página, por un lado topográficamente las coloca fuera de lugar, y por otra parte, en ellas alude o menciona los textos de Monsiváis, en comentarios que bien podrían ir colocados dentro y no fuera de la página.

Más allá de estas pequeñas deficiencias, tal vez producto tanto del entusiasmo, como de la voluntad de no desviar la atención —los reflectores— del trabajo monsvaísta, lo que el trabajo de Salazar también deja ver es la inclinación del ensayista por darle un toque entre místico y litúrgico, pero irreverente, tanto a sus textos como a los títulos de los mismos: “Días de guardar”, “De la santa doctrina al espíritu público...”, “Duración de la eternidad”, “Los mil y un velorios”, “Nuevo catecismo para indios remisos” son algunas muestras de cómo desacralizar las acciones al grito de ¡aleluya, aleluya: que cada quién agarre la suya!

El dicho dice que “todo se parece a su dueño”, y si en este caso se quiere comprobar su certeza, se puede recurrir al argumento de que así como en la portada de *La ciudad como texto* aparece Monsiváis en una foto de medio cuerpo, mirando de frente y despeinado con todo cuidado como suele andar, así Jezreel Salazar nos vuelve a mostrar cómo es que los escritos del joven de la foto —obvio es que se refiere uno a su espíritu—, a lo largo del tiempo se ha ido a meter lo mismo a las peregrinaciones a la Basílica de Guadalupe, que a los festejos de los muy provisionales triunfos de la selección nacional de fútbol en el Ángel de la Independencia, o ha analizado las características y los resultados de las principales movilizaciones sociales habidas en la metrópoli, como el movimiento estudiantil del 68, la solidaridad durante los terremotos del 85, o la muy cotidiana que se da a todas horas en el metro, y de todas esas acciones el portador de la chamarra con todo y manchas ha obtenido datos inéditos, escenas conmovedoras y juicios no exentos de ironía, para llegar a conclusiones no por contundentes menos tentativas.

Enrique AGUILAR R.

Jorge RUEDAS DE LA SERNA, *Arcadia. Tradición y mudanza*, México, Coordinación de Humanidades, Programa Editorial, UNAM, 2006 (Estudios de Cultura Iberoamericana Colonial), 242 pp.

El libro *Arcadia. Tradición y mudanza* ofrece varias y densas perspectivas de lectura y de comentario. Hay en él ideas sugerentes que invitan a reflexionar y a considerar parte de la literatura escrita en portugués desde una posición escasamente asumida, hecho que pronto anticipa la originalidad del ensayo de Jorge Ruedas de la Serna. Esas ideas y planteamientos novedosos son abundantes, así que yo he decidido ocuparme sólo de algunos tópicos y de una de las sugerencias que tengo para mí como de las más valiosas.

Este ensayo, ubicado en la colección Estudios de Cultura Iberoamericana Colonial (UNAM, 2006), se caracteriza no sólo por su plenitud “de datos e ideas”, como con justeza lo dice el insigne autor del Prefacio, sino particularmente por su empeño en recuperar los antecedentes clásicos de autores de habla portuguesa, hecho que de paso deja ver la trascendencia que tuvieron esos ancestros en el arte, en general, considerado en su más amplia perspectiva.

El texto de *Arcadia. Tradición y mudanza*, ha querido ocuparse de arcadismo luso-brasileño y de su repercusión en generaciones posteriores, para entenderlo a cabalidad, vinculando sus dos modos de expresión: el peninsular metropolitano y su heredero en América, pero asumiendo una intención crítica que ha puesto a un lado el carácter puramente descriptivo, que no por ello quedó excluido.

Una idea del autor que se dispersa a lo largo del libro es la de enfatizar la presencia de manifestaciones de la antigüedad clásica en la literatura arcádica y el modo de recepción con